

CARLOS VÉJAR PÉREZ-RUBIO (coord.): *El exilio latinoamericano en México*. México: CEIICH-UNAM, 2008.

Las violaciones de derechos humanos en América Latina durante las décadas de 1970 y 1980 fueron incontables, aunque quizás las más masivas y conocidas fueron la cárcel (con la consiguiente tortura en muchos casos), la muerte (asesinatos políticos y desaparición forzada), el exilio y la conculcación de derechos políticos y laborales. Mientras las dos primeras han sido bastante estudiadas desde las ciencias sociales e incluso debatidas en los diversos espacios públicos nacionales, el exilio ha sido cubierto, en general, de un olvido público. Las causas de ello son múltiples y van desde la “satanización” de los exilios por los distintos regímenes autoritarios desde el momento en que tuvieron lugar, hasta la creencia, más o menos generalizada (y por cierto, algo infundada) de que el exilio habría sido un camino de tranquilidad, de satisfacciones, de éxito.

Por ello hay que celebrar la aparición de libros dedicados al fenómeno exiliar, como el coordinado por Carlos Véjar Pérez-Rubio, resultado del seminario “El exilio latinoamericano en México”, realizado en marzo de 2003 por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México y *Archipiélago, Revista Cultural de Nuestra América*. Una de sus principales riquezas es que se trata de uno de los raros textos que da cuenta de las particularidades adoptadas por diversos exilios políticos de una buena parte de la región (especialmente en la segunda mitad del siglo XX) radicados en México, lo que permite ver similitudes y diferencias importantes entre ellos. Las diferencias pueden notarse, por ejemplo, en las cifras de cada exilio (de los 24 haitianos a los cerca de 2.500 chilenos), mientras las similitudes se ubican en las dificultades culturales para adaptarse al país y la extrañeza y fascinación ante una nación “mágica y diversa”. Así, puede observarse cómo no todos los exilios tuvieron la misma composición o peso en México. Es, pues, un libro importante no sólo para entender el fenómeno exiliar en América Latina, sino también la importancia e influencia que éste tuvo en la sociedad mexicana.

Una presentación, doce artículos, dos entrevistas y un poema conforman el volumen que tiene como centro la voz de los testigos (algo nada extraño en esta “era del testimonio” y de “la vuelta del sujeto”): académicos, periodistas, artistas y embajadores. Y en ello residen tanto su riqueza como sus fallas, pues no todos los artículos son de la misma calidad.

Carlos Véjar, en la presentación, resalta justamente que los distintos textos fueron escritos por aquellos que “escaparon del acoso” y que terminaron integrándose a la sociedad mexicana y enriqueciéndola. Véjar subraya la generosidad del gobierno y el pueblo mexicanos al abrir sus puertas para aquellos que sufrían

la persecución política, insertada en una política que ha convertido a este país en “tierra receptora de exiliados”. También da cuenta de la dificultad por definir el término “exilio”, que en ocasiones se confunde con el de migración económica. Finalmente, hace un recuento del contexto histórico de los años 1970 en Latinoamérica que produjo tantos y diversos exilios.

En “Exilio”, Norma López Suárez exterioriza la dificultad de hablar de la experiencia, pues el acto de nombrar retrae a la experiencia misma, con los dolores y alegrías que conllevó.

“José Martí: en brazos de un espacio me reclino” es un capítulo de la biografía que escribiera Luis Toledo, ya publicada, en donde se narran las vivencias de Martí en México: su inserción en el periodismo, su desarrollo como poeta, y sus posiciones políticas como independentista cubano y “revolucionario latinoamericano” que, con el gobierno de Porfirio Díaz, le costarían un nuevo exilio. Se trata de uno de los pocos textos que no tienen la década de 1970 como centro, pero que justamente da cuenta de la política mexicana respecto a los exiliados desde mucho antes de esos años.

El exilio uruguayo (1973-1985) en México es visitado por dos autores. Primero a través del poeta Saúl Ibargoyen, que recuerda las condiciones sociales y políticas que llevaron al exilio a miles de uruguayos; su vida en México (un país que le permitió “nuevas opciones de creatividad”); y el des-exilio, un imposible retorno al Uruguay que ya no era el que conocía y que lo condujo nuevamente a México. Desde una óptica diferente, Samuel Lichtensztejn, rector de la Universidad de la República antes del golpe de Estado y posterior embajador de Uruguay en México, dedica su texto a las formas de inserción de los uruguayos en México que, gracias a su “alto nivel educativo”, se dio especialmente en centros académicos, así como a la más lenta inserción social, señalando que “México significó [...] un espacio fascinante de realización personal y profesional” al haber tenido una actitud inusualmente abierta hacia los extranjeros.

Horacio Cerutti tiene un acercamiento más filosófico al tema en “Exilio e integración de nuestra América”, un texto en el que busca no sólo desgranar los dolores y dificultades de la experiencia (tanto públicas como privadas) sino también compararla con aquellas conocidas por las migraciones masivas forzadas.

El exilio argentino en México, consecuencia del golpe de 1976, es abordado en un texto lúcido por Esther Iglesias desde una perspectiva histórica-testimonial. En él, acomete el difícil análisis de la identidad e integración de este exilio, compuesto tanto por académicos e intelectuales como por obreros y estudiantes, al enfrentarse a la compleja y múltiple identidad de México, “que de país-en-espera se transformó en el país donde vivimos”, aunque siempre recordando las dificultades para adaptarse a una sociedad de dolorosos contrastes, de comida

cargada en especias y con añoranzas por el país de origen. Menciona también las dificultades del des-exilio de los *argen-mex*, y la difícil decisión de quienes, como ella, optaron por radicarse definitivamente en el “país azteca”.

Eduardo Ruiz recrea en “México: histórico refugio latinoamericano” la historia de cómo se ha ido construyendo la imagen de México como país y pueblo de recepción de exilios, no sólo de América Latina, sino también de Europa y Estados Unidos, subrayando la necesidad de estudiar el tema del exilio porque, lejos de desaparecer, el fenómeno existe en la actualidad aunque con apariencias diferentes.

En “Andanzas por el exilio en México”, Jorge Turner se centra en México como país receptor de exiliados desde dos ejes: su experiencia personal como panameño exiliado y su observación de quienes emigraron para salvar sus vidas, abordando sus actividades profesionales, las redes de solidaridad de latinoamericanos que se organizaron y las diversas formas de vivir el exilio por parte de aquellos que residieron en México.

El exilio chileno consecuencia del golpe de Estado de 1973 es acometido lúcidamente por Luis Maira, gracias a que, aun cuando su vivencia personal es fundamental en el texto, no deja de estar presente una aproximación teórico-sociológica, mediante la cual puede dar cuenta de cuatro rasgos fundamentales de dicho exilio en México: pequeño en número, políticamente muy activo, bastante calificado profesionalmente y con una de las mayores tasas de retorno.

Mario Miranda Pacheco recupera grata y sagazmente el exilio boliviano consecuencia de la dictadura militar iniciada en 1971 a través de tres ejes: un rastreo provisional del exilio en el tiempo (recordando que este fenómeno ha sido universal), sus vivencias personales y un comentario sobre las huellas (en el periodismo, en el arte, en el sector público, y en actividades culturales y académicas) que ha dejado dicho exilio en México.

Las personalidades más destacadas de los diversos exilios democráticos guatemaltecos en México (durante la dictadura de Jorge Ubico, 1931-1944 y tras el derrocamiento en 1954 de Jacobo Arbenz) son estudiadas por José Luis Balcárcel.

Guy Duval reseña perspicazmente los diversos exilios haitianos arribados a México (provocados por las dictaduras de Magloire, Duvalier, los militares neo-duvalieristas y el régimen Lavalas), marcando sus diferencias cualitativas y cuantitativas, señalando sus principales organizaciones políticas (como el Parti Unifié des Démocrates Haïtiens, dirigido por Gérard Pierre Charles), sus acciones políticas primordiales, así como el perfil, y la vida cotidiana y profesional de los exiliados.

El miedo durante la dictadura de Augusto Pinochet es abordado por Jaime Hales, que estudia no el exilio sino “el exilio interior”: el de aquellos que, resis-

tiendo al régimen militar, formaron las primeras organizaciones de defensa de derechos humanos en Chile y que, por ello, fueron segregados por la sociedad chilena por miedo a una posible represión.

Finalmente se encuentran dos entrevistas: una realizada por Norma López Suárez a Marcelino Cereijido, y otra de Mario Casasús al poeta Jorge Bocca-nera.

Tal y como lo señalan varios autores del libro, muchos aspectos de los exilios latinoamericanos en México quedan aún por profundizar: sus aportes al país, las diferencias generacionales, la cuestión del re-exilio. Sin embargo, el libro coordinado por Carlos Véjar Pérez-Rubio es un indudable aporte tanto para entender (por sus aportes analíticos) como para escribir (por los testimonios) la historia de algunos de los exilios latinoamericanos que tuvieron como país refugio a México.

Eugenia Allier Montaña

Universidad Nacional Autónoma de México

DANIEL KORINFELD: *Experiencias del Exilio. Avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta.* Buenos Aires: Ediciones del Estante, 2008.

El terrorismo de Estado que se impuso en Argentina desde 1976 a 1983 tuvo su expresión paradigmática en los quinientos campos de concentración que se crearon en el país y en la noción de “desaparecido”. Junto con ello, Argentina se convirtió en productora de exiliados, ya que muchos debieron salir del país para evitar la prisión o la muerte. El libro de Korinfeld, basado en su tesis de maestría para la Universidad de Lanús, tiene como objeto el estudio de la experiencia del exilio de jóvenes adolescentes que salieron del país entre los 15 y 20 años, muchos de ellos estudiantes secundarios, en un momento particularmente formativo de sus vidas, aún sin un bagaje personal o profesional para hacerse cargo de sí mismos. El autor pone particular atención en examinar y comprender el impacto de las situaciones traumáticas, los procesos de desubjetivización y las marcas psíquicas que se imprimieron en estas personas a raíz de sus circunstancias de vida. Salir del país a la fuerza tiene consecuencias desubjetivantes, ya que un sujeto es con los otros y en su lugar habitual, y la vida pierde su rumbo al desaparecer estos parámetros. El sentimiento de pertenencia que conforma lo identitario tiene un aspecto intrapsíquico relacionado con la propia fantasía del sujeto, con sus representaciones de sí mismo, la construcción de la historia de sus vínculos y otros aspectos que dependen del lugar, espacio y tiempo determinados, y de un código compartido que conforma el entorno cultural y sociocultural, Cada uno